



La sala está forrada de una antigualla de raso rojizo en todo parecido a una funda de colchón. Por eso quizá el origen del olor al Polvo Notker podría confundirse con una especie de naftalina o desinfectante usado para evitar polillas. Lucio Rodó se da cuenta, al intentar lavarse en la palangana de porcelana sobre la pequeña mesa taraceada, que está delante de un espejo enorme desde el que mira de espaldas casi toda la habitación. Se pone terriblemente pálido al advertir lo que está sucediendo, aunque cualquiera hubiera creído que estaba leyendo el recorte de diario bajo el vidrio de la mesa de nogal: "los pasajeros del avión DC9 que se estrelló en la bahía de Palermo a las 0.45 locales provenían de Alemania, Italia y Suiza. Venían para pasar las fiestas con sus familias. Ciento ocho pasajeros no han llegado jamás a destino." Parece estremecerse por el accidente pasado o por el presente.

Quiere salir de la habitación. Tantea la cerradura pero la llave no está en su hueco.

Intenta con la ventana, pero tiene el pestillo roto y los vidrios son como a prueba de balas. Ni se astillan con los golpes de su zapato izquierdo. La habitación 115, es decir la pieza de al lado del Hotel de Palmes, también parece inundada del olor y el polvo blanco que se hincha como la humareda de un incendio de ramas verdes. Veía un baile, qué ironía, enfrente por la ventana.

Un baile en una casa enfrente. Tiene que escapar de allí. Piensa inútilmente cómo hacerlo mientras estornuda una y otra vez y se mira las manos y el cuerpo cubiertos de polvo blanco.

¿Quién, maldición le aconsejó pasar la noche en ese hotel de la *piazza centrale di Palermo*. El teléfono, observa con pavor, no tiene línea.

Cae casi de espaldas sobre el lecho bañado de un sudor helado, frente a los eunucos lánguidos esculpidos en la madera del enorme ropero lleno de polvo blanco, diríase una masa pegajosa que se levanta hacia el cielo. En la mesa está abierto un libro donde se describe con singular crudeza la castración de un santo. ¿Acaso lo está leyendo? Cree ver un hombre sin cabeza en el espejo que le aplaude frenéticamente.

Lucio Rodó siente en la lengua monstruosamente sensible un sabor dulce y viscoso. Una sensación tenaz hasta la asfixia de ir abandonando ese lugar sin salir de él. Ahora sabe que le espera un terrible gozo infranqueable y que ha venido a enfrentarse al ingrátido polvo sideral.

Hace un esfuerzo terrible para girar pero cae hacia atrás. En el umbral cromático de la puerta le parece estar flotando en un espacio sin tiempo, en la inmensa calma del origen.